

Vikas Swarup

Seis sospechosos

Traducción de Damián Alou



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Six Suspects
Doubleday
Londres, 2008

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: Marcos Palazzi

Primera edición: abril 2010

© De la traducción, Damián Alou, 2010
© Vikas Swarup, 2008
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2010
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7533-1
Depósito Legal: B. 6915-2010

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Para Aparna

Asesinato

El asesinato, como cualquier arte, genera interpretación y se resiste a la explicación.

MICHELLE DE KRETZER, *The Hamilton Case*

1. LA PURA VERDAD

Columna de Arun Advani, 25 de marzo
SEIS PISTOLAS Y UN ASESINATO

No todas las muertes son iguales. Incluso en el asesinato hay un sistema de castas. El apuñalamiento de un pobre conductor de rickshaw no es más que un dato estadístico enterrado en las páginas interiores de un periódico. Pero el asesinato de una celebridad se convierte al instante en una noticia de portada. Porque los ricos y famosos rara vez son asesinados. Llevan una vida de lujo, y a no ser que sufran una sobredosis de cocaína o un extraño accidente, generalmente tienen una muerte de lujo a una edad avanzada tras haber aumentado su estirpe y su dinero.

Por eso el asesinato de Vivek «Vicky» Rai, el propietario del Grupo de Industrias Rai, de treinta y dos años de edad, e hijo del ministro del Interior de Uttar Pradesh, ha sido la noticia más comentada de los últimos dos días.

En mi larga y accidentada carrera como periodista de investigación he sacado a la luz muchas cosas, desde la corrupción de los altos cargos hasta la aparición de pesticidas en las botellas de cola. Mis revelaciones han derribado gobiernos y cerrado multinacionales. Y en todos estos años he visto desde muy cerca la codicia, la maldad y la depravación humanas. Pero nada me ha

repugnado más que la historia de Vicky Rai. Era el emblema de la sordidez de este país. Durante una década he seguido su vida y sus crímenes, al igual que una polilla se ve irresistiblemente atraída por una llama. Era una fascinación morbosa, parecida a la que se siente al ver una película de terror. Sabes que va a ocurrir algo terrible, y te quedas sentado, paralizado, conteniendo la respiración, esperando a que suceda lo inevitable. Recibí serias advertencias y amenazas de muerte. Intentaron que el periódico me despidiera. Sobreviví. Vicky Rai no.

Pero ahora los hechos de su asesinato son tan conocidos como los últimos giros argumentales de los seriales de televisión. Un desconocido lo mató a tiros el pasado domingo a las 12.05 de la noche, en su granja de Mehrauli, en las afueras de Delhi. Según el informe del forense, murió de una herida de bala en el corazón disparada a quemarropa. La bala le desgarró el pecho, le atravesó limpiamente el corazón, le salió por la espalda y se alojó en la madera de la barra del bar. Se cree que murió al instante.

Vicky Rai tenía enemigos, desde luego. Había muchos que detestaban su arrogancia, su estilo de vida de playboy, su absoluto desprecio por la ley. Construyó un imperio industrial desde la nada. Y en la India nadie puede construir un imperio industrial jugando limpio del todo. Los lectores de esta columna recordarán mis reportajes en los que revelaba cómo Vicky Rai consiguió información privilegiada en la Bolsa, estafó los dividendos a sus inversores, sobornó a funcionarios y engañó en el impuesto de sociedades. Sin embargo, no lo cogieron, y siempre consiguió aprovechar algún vacío legal para permanecer fuera del alcance de la ley.

Fue un arte que perfeccionó a muy temprana edad. Sólo tenía diecisiete años la primera vez que compareció ante un tribunal. Un amigo de su padre le había regalado un BMW serie 5, nuevo y superpijo, por su cumpleaños. Se fue a dar una vuelta en el coche con tres de sus colegas. Lo celebraron a lo grande en un pub de moda. Mientras volvían en coche a casa, a las tres de la

mañana y en medio de una espesa niebla, Vicky Rai pasó por encima de seis vagabundos sin techo que dormían en el asfalto. La policía lo detuvo en un control y comprobó que estaba totalmente ebrio. Presentaron contra él una acusación por conducción temeraria y negligente. Pero cuando el caso llegó a juicio, todos los familiares de los difuntos habían sido comprados. Ningún testigo recordaba haber visto aquella noche ningún BMW. Todo lo que recordaban era un camión con matrícula de Gujarat. Vicky Rai recibió una reprimenda del juez acerca de los peligros de conducir ebrio y fue absuelto sin cargos.

Tres años después, volvió a comparecer delante de un tribunal acusado de perseguir y matar a dos antílopes en una reserva natural de Rajastán. Afirmó que no sabía que se trataba de una especie protegida. Le parecía curioso que un país incapaz de proteger a las esposas de ser quemadas por la dote y a las jóvenes de acabar en la prostitución procesara a la gente por matar un antílope. Pero la ley es la ley. Así pues, fue arrestado y tuvo que permanecer en la cárcel durante dos semanas antes de poder salir bajo fianza. Todos sabemos qué ocurrió a continuación. El único testigo, Kishore —el guardia forestal que conducía un jeep descubierto—, murió seis meses después en extrañas circunstancias. El caso se alargó un par de años, pero al final acabó, como era previsible, con la absolución de Vicky Rai.

Con estos antecedentes, probablemente era sólo cuestión de tiempo el que acabara cometiendo un asesinato. Ocurrió hace siete años, una calurosa noche de verano, en Mango, el restaurante de moda que hay en la carretera Delhi-Jaipur, donde estaba montando una gran juerga para celebrar su veinticinco cumpleaños. La fiesta comenzó a las nueve y duró hasta bien pasada la medianoche. Un grupo musical desgranaba en directo los éxitos del momento, corría el licor importado, y los invitados de Vicky Rai —un surtido de altos cargos del gobierno, personajes de relumbrón, novias y ex novias, unas cuantas personas de la industria del cine y un par de deportistas famosos— se lo estaban

pasando la mar de bien. Vicky había tomado alguna copa de más. A eso de las nueve se fue tambaleándose hasta el bar y pidió otro chupito de tequila a la camarera, una preciosa joven vestida con una camiseta blanca y tejanos. Se llamaba Ruby Gill, era una estudiante del programa de doctorado de la Universidad de Delhi que trabajaba a tiempo parcial en Mango para mantener a la familia.

–Lo siento, no puedo servirle otra copa, señor. El bar está cerrado –le dijo.

–Lo sé, encanto. –Le lanzó su mejor sonrisa–. Sólo quiero una última copa y todos nos iremos a casa.

–Lo siento, señor. El bar está cerrado. Tenemos que seguir las normas –dijo la muchacha, con bastante firmeza ahora.

–A tomar por culo tus normas –le espetó Vicky–. ¿Es que no sabes quién soy?

–Ni lo sé ni me importa, señor. Las reglas son las mismas para todos. No le serviré otra copa.

Vicky Rai se puso hecho un basilisco.

–¡Zorra de los cojones! –chilló, y sacó un revólver del bolsillo de su traje–. ¡Así aprenderás la lección! –Le disparó dos veces, y le dio en la cara y en el cuello, delante de al menos cincuenta invitados. Ruby Gill cayó muerta y en Mango se montó la marimorena. Se cuenta que un amigo de Vicky le agarró del brazo, lo metió en su Mercedes y se lo llevó del restaurante. Quince días más tarde, Vicky Rai fue arrestado en Lucknow, lo llevaron delante de un juez, y de nuevo consiguió salir en libertad bajo fianza.

El que se cometiera un asesinato por el mero hecho de que alguien te negara una copa sacudió la conciencia de la nación. La mala fama de Vicky Rai, combinada con la belleza de Ruby Gill, consiguió que el caso copara los titulares durante semanas. El verano se convirtió en otoño, y la historia se hizo vieja y surgieron otras. Cuando el caso finalmente llegó a juicio, el informe de balística afirmaba que los dos disparos habían sido hechos con

armas distintas. El arma asesina inexplicablemente había «desaparecido» de la cámara acorazada de la policía donde la guardaban. Seis testigos que habían afirmado haber visto a Vicky Rai apretar el gatillo rectificaron su declaración. Tras un juicio que duró cinco años, Vicky Rai fue absuelto sin cargos hace apenas un mes, el 15 de febrero. Para celebrar el veredicto, dio una fiesta en su granja de Mehrauli. Y ahí fue donde le llegó su hora.

Algunos lo llamarán justicia poética. Pero la policía lo llama delito de la Sección 302 del Código Penal Indio –homicidio culposo– y ha emprendido una búsqueda del asesino por todo el país. El inspector jefe supervisa la investigación personalmente, espoleado sin duda por el temor de que la prometida sinecura de vicegobernador de Delhi (de lo que informamos en esta columna hace seis semanas) quede en nada si no consigue solucionar el caso.

Su diligencia ya ha dado buenos resultados. Mis fuentes me dicen que ya hay seis sospechosos detenidos por el asesinato de Vicky Rai. Al parecer el subinspector Vijay Yadav se encargaba del control del tráfico en la granja cuando se produjo el crimen. Inmediatamente acordonó el recinto y ordenó cachear a todos y cada uno de los trescientos y pico invitados, camareros, gente que se había colado y parásitos. Había armas para dar y tomar. Durante la búsqueda, se descubrió que había seis individuos en posesión de armas de fuego, y fueron detenidos. Estoy seguro de que debieron de protestar. Al fin y al cabo el hecho de llevar un arma no es ningún delito, siempre y cuando tengas licencia. Pero cuando llevas un arma a una fiesta en la que el anfitrión muere de un tiro, automáticamente te conviertes en sospechoso.

Los sospechosos son un grupo variopinto, una curiosa mezcla de malos, guapos y feos. Está Mohan Kumar, el ex primer secretario de Uttar Pradesh, cuya reputación de hombre corrupto y mujeriego no tiene parangón en los anales del Servicio Administrativo Indio. El segundo es un estadounidense de pocas luces que afirma ser productor de Hollywood. Para aderezar la

mezcla estaba la conocida actriz Shabnam Saxena, por la que Vicky Rai estaba colado, si hay que dar crédito a los cotilleos de las revistas de cine. Incluso forma parte del grupo un aborigen de alguna polvorienta aldea de Jharkhand, negro como el carbón y de metro cincuenta de estatura, al que se interroga con mucha cautela por temor a que sea uno de los temidos naxalitas que infestan el estado. El sospechoso número cinco es un licenciado universitario sin empleo llamado Munna, cuya actividad más lucrativa es el robo de móviles. Y para completar la rueda de reconocimiento tenemos al mismísimo señor Jagannath Rai, ministro del Interior de Uttar Pradesh. El padre de Vicky Rai. ¿Puede un padre caer más bajo?

Las seis pistolas requisadas son también variadas. Hay una Webley & Scott inglesa, una Glock austríaca, una Walther PPK alemana, una Beretta italiana, una Black Star china y un revólver de fabricación local conocido como *katta*. Al parecer, la policía está convencida de que el arma homicida es una de esas seis, y está a la espera de que el informe de balística identifique la bala y señale al culpable.

Barkha Das me entrevistó ayer en su programa de televisión.

—Ha dedicado una gran parte de su carrera a sacar a la luz las fechorías de Vicky Rai y censurarle en su columna. ¿Qué piensa hacer ahora que está muerto? —me preguntó.

—Encontrar al asesino —contesté.

—¿Para qué? —quiso saber Barkha Das—. ¿No le alegra que Vicky Rai haya muerto?

—No —dije—, porque mi cruzada nunca fue contra Vicky Rai. Fue contra el sistema que permite que los ricos y poderosos crean que están por encima de la ley. Vicky Rai no era más que un síntoma visible del malestar que ha invadido nuestra sociedad. Si la justicia es realmente ciega, entonces el asesino de Vicky Rai merece rendir cuentas, al igual que lo hizo Vicky Rai.

Y se lo vuelvo a decir a mis lectores. Voy a encontrar al ase-

sino de Vicky Rai. Un auténtico periodista de investigación no puede dejarse influir por sus prejuicios personales. Debe seguir la fría lógica de la razón hasta el final, tanto da hasta dónde le lleve. Debe seguir siendo un profesional imparcial que sólo busca la pura verdad.

Puede que el asesinato sea turbio, pero la verdad lo es aún más. Atar cabos sueltos será difícil, lo sé. Habrá que rebuscar en las peripecias vitales de los seis sospechosos. Habrá que establecer los móviles. Habrá que reunir pruebas. Y sólo entonces descubriremos al auténtico culpable.

¿Cuál de estos seis será? ¿El burócrata o la tía buena? ¿El extranjero o el aborigen? ¿El pez gordo o el mindundi?

Todo lo que les puedo decir a mis lectores en este momento es: no se pierdan esta columna.